

Luna de chocolate

Arturo Rodríguez Fernández

Image not found.

Capítulo 1

LUNA DE CHOCOLATE

Año 2032, los relojes dejaron de servir y los calendarios se volvieron obsoletos.

Los pocos humanos que sobrevivieron a lo que pasó no tuvieron los suficientes recursos ni conocimientos para rescatar lo que quedaba de tecnología, casi retrocedimos a la era de las cavernas. ¿Cómo pudo pasar?, el desastre lo causaron los mismos humanos, la milicia de la Tierra Unida, no había razón, fue de locos la creación de la terrible arma de plasma, tan potente que no podía ser probada en la Tierra, así que decidieron enviar un haz hacia la superficie de la Luna.

La prueba fue anunciada como un logro científico y nos dijeron que la prueba sería un gran espectáculo pues los efectos serían visibles a simple vista, "le haremos un nuevo cráter a la Luna" dijeron.

Los cálculos se hicieron para que el haz incidiera cerca de la *orilla* del disco lunar (no dieron más explicaciones). En las pantallas gigantes se mostraba la Luna, y el lugar donde se realizaría el impacto se indicaba con una diana de círculos rojos.

El arma consistía de una serie de tubos cónicos en cuyo extremo de cada tubo había un cristal plano que reflejaba la luz del sol dispersándola en siete colores; cada tubo enfocado hacia un único cristal "corrector" más grande, sostenido enfrente del conjunto de tubos. La única información que dieron decía que se trataba de un nuevo tipo de haz lumínico, más potente que cualquier laser gracias a que se producía por fotones generados a partir de una potente fuente de rayos X.

Llegado el momento inició la cuenta regresiva comenzando en diez, al llegar a cero el cañón fue disparado, el haz de luz salió y parecía solamente la luz de una gran linterna; en el mismo instante el diez se borró y otra cuenta comenzó en seis.

Un fulgor blanco/azulado brilló en la superficie lunar al finalizar el conteo de seis segundos. Esperaban que una nube de polvo formara un anillo alrededor de la Luna.

-0-

El agua inundó todo hasta donde alcanzaba mi vista, no sé qué tanto abarcó, no sé si solo esta parte del mundo o también el otro lado. De

alguna forma me salvé, o mejor dicho, me salvaron, pues cuando desperté me tenían en un albergue militar y no pude preguntar nada ya que tenía que dejar el lugar para otros que necesitaban de más ayuda que yo.

Preguntaba por un teléfono, alguien que me prestara uno, y sí, me lo prestaron ¡Solo sirvió para confirmar que no serviría de nada! no había señal. Quería buscar a mis hermanos y a mi novia, ¡nada! Lo más cerca a que podía dirigirme era el edificio donde vivía mi novia, solo que por todos lados había escombros, basura, lodo y miles de cadáveres. Llegué a lo que quedaba del edificio, encontrando que ella, mi novia, no se salvó, y de mis hermanos no pude saber nada.

Regresé donde estaba el refugio militar, y estuve preguntando que le había pasado al mundo y esto fue lo que me dijeron; la Luna dejó de seguir una órbita circular alrededor de la Tierra, moviéndose a mayor velocidad y dejando de presentar una sola cara al haberse modificado también su rotación, y la Tierra sufrió las consecuencias por los cambios gravitacionales. La respuesta hizo que se me erizaran los cabellos, significaba que el desastre era mundial.

-0-

La primera lucha de los sobrevivientes fue por el alimento, una lucha que perdimos y muchos murieron de hambre. Se buscó en las destruidas y abandonadas ciudades todo lo que fuera comida, las latas y demás productos envasados eran un tesoro.

Algunos formaron grupos y otros decidieron ir solos, todos buscando comida con una desesperación tal que no se pusieron de acuerdo en qué más harían para seguir existiendo, así que se desperdigaron por todos lados según como lo creían conveniente.

Traté de ser parte de un grupo, solo aguanté un año y a duras penas, había peleas constantes por quienes querían ser líderes y también por querer quedarse con lo mejor que se encontraba. Estar solo significaba estar en peligro, era más fácil ser blanco de los malvivientes, aún así decidí tomar el riesgo y viajar en busca de un mejor lugar donde vivir (o ¿sobrevivir?).

¿Hacia dónde dirigirme?, en mi parecer, viajar en dirección al mar era lo mejor, tal vez encontraría árboles frutales por ejemplo y puede que hasta pudiera pescar. Me hice de una buena mochila de las que utilizaban los soldados y la llené con todo lo que pude y que me pudiera ser útil, además de la tienda de campaña que ya estaba en la mochila y algo de herramienta (una pequeña pala, una navaja suiza y un rollo de cuerda de nylon), como no era comida no les importó que me la llevara y además al

antiguo dueño tampoco ya que en "el otro mundo" no la necesitaría.

A sabiendas de que el viaje sería muy largo y penoso, comencé la caminata, yendo hacia el poniente inicialmente. Los que se quedaron me tildaban de loco, burlándose; no me importaba lo que dijeran, es más, eso confirmaba que no debería estar con tales tipos.

Por ratos era posible seguir alguna carretera que no estuviera tan destruida, siempre y cuando no me desviara de la ruta que me había propuesto, pero también hacía rodeos y regresos que me retrasaban debido a las grandes grietas o paredes de roca y tierra causados por desgajamientos de cerros y montañas.

Caminé muchísimo y por varios días - mi intención era llegar a la costa ya que me parecía el mejor lugar para obtener comida, frutas tropicales tal vez y mariscos como mencioné antes-. No tenía idea de cuánto más tendría que caminar, y, agotado ya, me detuve para dormir, mi cena fue una lata de frutas en almíbar que estuve reservando a toda costa, y el último trago de agua. Instalé la tienda de campaña para luego descansar y librarme también de los molestos mosquitos.

Me despertó un calor sofocante y apresuradamente tuve que salir, los rayos solares daban de lleno en mi habitación camuflada calentando el interior fuertemente, sí, era ya otro día y yo sin desayunar, me sentía débil por la falta de alimento y busqué en la mochila, pero no, no quedaba ya nada. Con pocas esperanzas comencé a recorrer con la vista los alrededores en busca de algo, en eso, y no lejos de donde había acampado estaba lo más maravilloso que jamás pensé encontrar.

El color amarillo de los mangos resaltaba entre las ramas del más hermoso árbol que había visto en mucho tiempo, y busqué la manera de alcanzar los mejores, y los pude tirar con ayuda de una rama, apenas caer el primer mango me apresuré a comerlo sin siquiera quitarle la cáscara ¡Delicia de delicias! muy dulce y de consistencia perfecta. Luego de hartarme tiré varios más, algunos ya listos para comerse y otros verdes, solo me faltaba una cosa... agua.

Continué mi viaje llegando a lo que era una autopista, busqué alguna indicación, algún señalamiento que me hiciera saber cuánto me faltaba para llegar al mar, pero nada existía, habían arrancado todo, ¡hasta los postes!

Continué caminando, siguiendo lo que quedaba de carretera debido a que la naturaleza ya había invadido gran parte, recobrando lo que era suyo. Más tarde llovió, ¡maravillosa lluvia!, llené mis envases -dos cantimploras y una botella-, esa lluvia sirvió para refrescarme y como baño, aunque sin

jabón.

Tres días más de viaje y nuevamente no me quedaba ya nada en la mochila para comer, me senté buscando una sombra para intentar refrescarme pero casi no había diferencia, solo me protegía de los rayos directos del sol. Dejé la mochila para poder recostarme pues me estaba mareando, y si, funcionó, solamente que la cabeza comenzó a dolerme - supongo que por el calor y porque no había comido-. Abrí los ojos más de lo normal al reconocer algo que se encontraba a unos quince o veinte metros, ¡un camión de transporte de mercancías!, semienterrado y apalstado, solo se veía la parte de atrás donde se podía leer que era de distribución de productos alimenticios, ¡la suerte volvía a sonreírme!

Las puertas estaban cerradas con candado, así que comencé a golpearlo con piedras hasta que lo pude abrir, las puertas estaban trabadas por la deformación y por el óxido pero al cabo de un rato logré abrirlas, llegando por fin a las mercancías, las que estaban amontonadas en el fondo... Muchas envolturas abiertas y el contenido echado a perder, con hongos. Fue posible rescatar varios paquetes, así que me harté de pastelillos y galletas, lamentando no tener nada líquido para beber (pero con la barriga llena), luego me di cuenta de que todo estaba ya caducado a pesar de contar con el doble de tiempo gracias a las nuevas técnicas de pasteurización y envasado, ¡y qué, eso no importaba!

-0-

El fuerte calor húmedo me confirmaba que estaba ya cerca de la costa, y también porque comencé a encontrar uno que otro árbol frutal como de naranjas, mandarina y plántas de plátano. Ahí estaban los árboles, pero sin fruta que estuviera buena para comerse; bueno, excepto unos plátanos verdes, de esos sí puede cargar algunos "para el camino" (ya se irían madurando).

Medio día más avanzando, los rayos del sol perdiéndose en el horizonte. Se escuchaba el rumor de las olas del mar y me dije "he llegado", así que no caminé mas, comí mis plátanos -no muy buenos que digamos- mientras colocaba la tienda de campaña, para luego meterme a dormir.

Me desperté al alba con una tremenda sonrisa al confirmar que había llegado al destino propuesto, me estiré primero y después recogí todas mis cosas. No debía ser demasiada la distancia hasta la playa puesto que el ruido de las olas era fuerte, así que avancé despacio y tratando de disfrutar de todo lo que estaba a la vista.

Y por fin llegué, teniendo enfrente lo contrario a lo que esperaba ¡Era desalentador! No había playa, solo el mar que parecía intentar subir por esa pared casi vertical de cincuenta o más metros de altura. Hasta donde alcanzaba mi vista, a la derecha o izquierda, era lo mismo, un largo e

interminable acantilado. Me llegó a la mente intentar bajar a rapel pero no serviría de nada, la fuerza de las olas contra el acantilado mataría a cualquiera que lo intentara.

No regresaría, con todo era un buen lugar para quedarse, habría comida, y eso era lo más importante. Resignado a no poder pescar volví a buscar fruta y agua, para luego ponerme a descansar como un rey, sin más preocupaciones de ningún tipo -al menos por el resto de ese día-.

La segunda ocupación en importancia consistió en hacerme una cabaña, una casa que fuera mejor que la tienda de campaña. Tuve que hacer varios intentos hasta que por fin lo logré y tuvo que ser más chica de como la quería al inicio ya que se me dificultó mucho al no tener las herramientas adecuadas. El día en que trabajaba en el techo amarrando hojas de palmera con la cuerda de nylon me sorprendí al ver que un changuito se estaba comiendo mi almuerzo, pensé arrojarle una piedra para espantarlo pero no lo hice, era el primer animal que veía a excepción de las aves. Caminé hacia el monito, me senté a su lado y también me comí un plátano, luego voltee a verlo y le dije "bonito día", el changuito - sin inmutarse para nada. agarró otro plátano, se lo comió mientras me miraba con sus ojitos redondos y sin dar las gracias se fue hacia los árboles.

El dichoso changuito volvía cada día y comíamos juntos mientras yo le platicaba la historia de mi vida, lo que de seguro no le importaba lo más mínimo pero bueno, me servía de compañía. Un día en que estábamos en plena plática, mi amiguito se puso extraño, daba chillidos, se usó a brincar como loco y volteaba a ver a todos lados muy espantado, y finalmente se alejó rápidamente. Unos segundos después de que el changuito saliera corriendo comencé a sentirme como mareado, pero no, no era un mareo ¡Estaba temblando! No pude mantenerme de pie y me quedé boca abajo sobre la tierra esperando que pasara el terremoto. Un ruido sordo como rocas chocando bajo la tierra me asustó y por instinto busqué mi mochila moviéndome a gatas, me la colgué en mi hombro derecho, y como en las películas, corriendo justo a tiempo, la tierra se estaba desgajando y cayendo al mar, increíblemente unos doscientos metros de tierra fueron desapareciendo en el agua, totalmente y por una gran extensión a lo largo del acantilado. Al pasar el terremoto (y el susto) con la debida precaución me asomé a ver cómo quedaba la tierra abajo del acantilado, no logrando ver nada, toda la tierra y rocas se fue hasta el fondo del mar, y mi primer casa también.

En los siguientes días, resignado pero con experiencia, construí otra pequeña casa, esta vez quedando lista al primer intento y en un lugar que me pareció más seguro, y creo que el changuito también buscó un lugar más seguro pues no regresó, no volví a verlo, lo extrañaba mucho ya que ahora no tenía con quien platicar y comencé a sentir la soledad, así que pensé que tenía que hacer algo, no podía ser el único ser humano en esa

parte del planeta.

-0-

Este es el plan que se me ocurrió: poco a poco iría viajando tierra adentro, construyendo pequeñas casas "de campaña" que me sirvieran para irme alejando y poder regresar, algo así como refugios temporales, teniendo en cuenta que cerca tendría que haber la forma de encontrar comida y agua, y así lo hice, de esa forma me era más fácil recorrer distancias relativamente grandes y luego regresar donde me pareciera mejor o al punto inicial si así lo decidía.

Capítulo 2

Terminé de construir mi estación número siete, primero dejé suficientes provisiones en ésta y posteriormente viajé otro tracho para explorar el terreno, en esta vez pudiendo encontrar lo que fue una población como a un kilómetro y medio o más de distancia, de inmediato pensé que era muy factible encontrar cosas que aún sirvieran. Algo más cerca vi que todas las construcciones estaban enterradas, y medio destruidas, de todas formas fui al lugar tratando de ver dónde podría haber existido una tienda, una zapatería, o mejor aún, un supermercado.

Me costó varios días de trabajo, cavando hasta llegar al nivel de la calle justo frente a lo que fue un mini súper. Dentro de ese negocio se encontraban los restos de tres personas adultas y dos niños, aún se percibía el olor a descomposición pero me concentré en lo que necesitaba, más bien lo que pudiera rescatar y que consistió en latería, varios frascos de café, bolsas de leche y chocolate, algunas bolsas de sal y también azúcar. Rescaté golosinas que aún se veían en buen estado. Al final del primer día *de compras*, con un montón de sentimientos encontrados, tapé con tierra los restos de las personas que había en el local, colocando al final una pequeña cruz hecha con palitos sobre cada una de las tumbas (si se les puede llamar así) y haciendo una oración antes de salir. Necesité de tres viajes hechos en quince días para transportar a mi nueva residencia lo adquirido, llegando cada vez la mitad de la mercancía comestible, pues el resto lo había consumido durante el viaje.

Cuando me encontraba seleccionando y acomodando mi despensa me di cuenta que era la primera vez que salía del súper sin pagar un centavo.

Ahora lo que necesitaba era ropa y zapatos; pospuse la búsqueda por algunos días, tomando en cuenta que necesitaba un descanso antes de regresar a excavar. Pasó algo así como una semana, volví a la ciudad enterrada y en una ocasión en que estaba realizando la faena y tomaba un sorbo de agua me pareció ver algo que se movía a lo lejos, algo que apenas se movía, luego ya no más. Intrigado y recordando a mi amigo el changuito decidí investigar pero cautelosamente. Por la distancia no podía distinguir que cosa era, si un animal o una persona.

Conforme me fui acercando confirmaba que se trataba de una persona de color, o tal vez su piel estaba oscurecida a causa de los rayos solares. Y estando a unos pasos de dicha persona... ¡Oh Dios!, me puse a llorar de tristeza, se trataba de una chiquilla totalmente desnuda, extremadamente flaca y que apenas se notaba que respiraba, su cabello negro y algo rizado estaba muy largo y alborotado; sin ninguna seguridad supuse que tendría unos diez años a lo más. Me quité la playera y con ésta la cubrí, luego la cargué hasta una sombra, ino pesaba nada la pobrecita!, hice lo posible por darle agua y tomo solo un pequeño sorbo, muy despacio. Con

lágrimas que se me salían por momentos, me quedé a su lado hasta que se hizo de noche; solo entonces abrió los ojos.

Preparé algo de fruta picada -muy picada-, eso y algo más de agua le estuve dando para que cenara, y después la cargué de nuevo hasta llegar a mi estación número siete. Por la mañana volví a preparar fruta -mangos y plátanos-, eso comimos los dos como desayuno, pero le tuve que ayudar ya que seguía sin fuerzas para casi nada. Para la noche se pudo sentar y la vi sonreír por primera vez, a la luz de la luna y de la fogata, aunque aún mi corazón se estrujaba al ver su cadavérica carita. Intentó pararse y sus débiles músculos aún no la sostuvieron y cayó de lado, con voz fuerte le dije ¡Cuidado!, la ayudé a sentarse de nuevo; una sonrisa me dijo que no se lastimó. Me la llevé cargando los siguientes días, llegando a mi estación número dos, el último trecho ya caminó sola sin ninguna ayuda.

Conforme pasaron los días se ponía más fuerte, y pasadas varias semanas me pudo acompañar de regreso a la ciudad enterrada a buscar cosas pero no a que me ayudara pues era un trabajo muy pesado, la cuiquilla se quedaba sentada cerca y varias veces se quedó dormida, supongo que por aburrimiento. Una vez encontré ropa de entre los escombros de un almacén, había tanto de hombre como de mujer y para niños de casi todas las edades; como la niña ya estaba bastante repuesta la dejé que me ayudara a buscar lo que nos quedara, encontramos para mí unos shorts, dos pantalones de mezclilla (había más pantalones de ese tipo y que nos llevamos pero solo dos me quedaron bien), camisas y playeras, y para ella había vestidos, faldas, shorts, playeras, trajes de baño y ropa interior, había casi de todo y nos llevamos lo mejor que nos pareció para luego lavarlo. De todo eso lo que casi siempre vestíamos era la ropam ligera, o sea, shorts y playeras debido al calor.

Hay un detalle que no he mencionado y que es importante, la niña no hablaba, al inicio toda la comunicación entre nosotros era a base de señas. No supe si ella no hablaba porque así había nacido o por un trauma fuerte. Cuando le pregunté su nombre me señaló hacia arriba, y yo le decía "¿Cielo? ¿Te llamas Cielo? ¿Nube? O tienes un nombre de ave, algo así como Paloma". Ella hacía gestos porque no podía entenderla y volvía a señalar hacia arriba, hasta que por fin en la noche me señaló directamente a la Luna, entonces le dije que si se llamaba Luna y ella movió la cabeza negativamente, así que me dije "no se llama Luna, pero me señaló la Luna", pensé en otra palabra que describiera a la Luna, y la única palabra que quedaba bien era Selene, entonces le dije "te llamas Selene", ella sonrió mientras asentía con la cabeza y se puso a brincar con los brazos hacia arriba, dio unos pasos y me abrazó, dirigiendo su carita hacia arriba para mirarme asintió nuevamente con la cabeza, sin olvidar su sonrisa. Ese día fue para mí como si hubiera nacido una hija y comencé a llamarle de dos maneras; a veces la llamaba por su nombre -Selene- y otras por un sobrenombre que se me ocurrió debido al color de su piel, le

decía "Luna de Chocolate".

Selene se reponía poco a poco de su grave desnutrición, sus huesos comenzaron a "desaparecer" bajo su carne, bajo su piel. Su cara cambió de forma impresionante, pues cuando la encontré se parecía mucho a los rostros que alguna vez vi en las fotos de los prisioneros de los campos de concentración en la Segunda Guerra Mundial, de lo alargada que estaba cambió a una cara ovalada (así me lo pareció), tal vez para otro ella sería una niña común y corriente, sin nada de especial, pero para mí resultaba hermosa, creo que la veía con ojos de padre!, pues sí, me encariñé con ella.

La comunicación con Selene siguió siendo a señas, y no siempre nos entendíamos bien, por lo que solíamos dibujar en la tierra.

Una noche intenté preguntarle por su familia, papás, hermanos... o no pudimos entendernos o no recordaba nada, siempre movía la cabeza negativamente, siempre diciendo "no" ¿Cómo podía ser posible que estuviera sola por años?, no podía ser. Estaba sumido en mis pensamientos mientras esperaba la llegada del sueño, pensaba en mi Luna de Chocolate, pensaba en que ella recordaba su nombre y eso era prueba de que sí había estado con alguien más, prueba de que alguien se había preocupado por darle un nombre. Tomé algo de aire respirando fuerte, y no supe si fue porque oxigené mi cerebro o simplemente porque "se me iluminó el coco" (o las dos cosas), tuve una idea y quise enseñarle a Selene, así que salí de mi "habitación" y me asomé a la de ella. No la quise despertar, ella ya dormía plácidamente.

Al día siguiente me levanté temprano, la brillante idea seguía presente en mi cerebro, me lavé la cara... tomé agua de coco... Y me senté en el acostumbrado tronco, a unos cinco metros de nuestras cabañitas. Permanecí ahí por no sé cuánto tiempo, hasta que me di cuenta de que Luna de Chocolate se divertía por lo que yo hacía, estaba sentada en cuclillas, las manos bajo su barbilla y mirándome. Yo practicaba mi idea, pronunciando palabras sin utilizar las cuerdas bucales ¿Me doy a entender?, para más ilustración lo que hacía era modular con la boca el aire expelido, formando palabras audibles, de manera similar a cuando se hecha vaho en las manos para calentarlas o sobre un espejo para quitar una mancha.

"Buenos días Luna de Chocolate, hoy te enseñaré a pronunciar palabras" le dije, ella señaló su cabeza con uno de sus dedos, levantó las cejas al tiempo que decía SI con la cabeza, demostrando que me entendía. Tomé una verita y conforme escribía las vocales en la tierra le enseñaba la pronunciación. Me entendió perfecto, haciendo lo mismo que yo. Selene repetía su lección a todas horas, para la noche se sabía muy bien las vocales y comenzamos con las consonantes, esas letras se le dificultaron y tardó días en aprenderlas y pronunciarlas, para éstas yo le enseñaba

cómo tenía que colocar la lengua, mover también los labios para poder pronunciar bien cada letra, letra por letra las fue aprendiendo, aprendió a pronunciarlas y a escribir al mismo tiempo.

Capítulo 3

Selene y yo trabajábamos la tierra, nuestro primer intento de sembrar maíz y frijol. Las semillas las encontramos en una de nuestras expediciones a la ciudad enterrada, parte del frijol lo cociné y lo comimos, me gustó a medias, la pura sal como condimento no era suficiente para darle un mejor sabor, no teníamos jitomate ni ajos ni nada más. No es esto lo que quería contar esta vez, la intención era seguir hablando de Luna de Chocolate solo que me desvié, pues bien, estábamos trabajando la tierra cuando Selene me preguntó mi nombre -ella ya sabía cómo pronunciar el suyo- ¡Vaya!, no le había dicho el mío (Elio) pues siempre era yo quien le hablaba a ella, la llamaba cuando necesitaba su ayuda, para todo. Así que me quedé pensando un instante y luego le dije "me llamo Sol" (no le dije mi nombre verdadero, claro está que no es Sol), y ella dijo "¿Sol?", entonces le dije "Sí, yo soy Sol y tú, Luna", de pronto Selene, mi Luna de Chocolate, volteó a ver al Sol y luego a mí, -no me lo esperaba-, Luna dijo "Tú Sol y yo Luna" y comenzó a reírse tanto que se revolcaba en el suelo con las manos en la panza, es más, todo el día hizo lo mismo... "Tú Sol, yo Luna" y volvía a tirarse en el suelo sin parar de reír. Y yo, diciéndole un mentirilla blanca le decía que no le veía la gracia, pero también me ganaba la risa al ver a Selene en el suelo, peor cuando me dijo "Si aquí está Sol ¿Por qué no hay luz?"

Haber encontrado a Selene, mi Luna de Chocolate, y que ella aprendiera a hablar y a escribir fue lo mejor que pudo pasame en mucho tiempo.

También dedicaba tiempo para darle otro tipo de conocimientos que necesitábamos para sobrevivir, como por ejemplo hacer una fogata. Una idea que se me ocurrió fue construir una brújula, ese proyecto le gustó a mi niña, a pesar de ser algo simple se mostraba sorprendida de ver cómo una aguja clavada en una tapita de plástico siempre se colocaba en una misma posición sin importar que moviéramos el frasquito con agua donde la habíamos colocado. Selene se pasaba buenos ratos tirada en el suelo observando el fenómeno de la brújula, tomaba el frasquito, lo agitaba y esperaba que de nuevo la aguja regresara a la posición de siempre a pesar de que pusiera el frasquito al revés o de lado. Creo que es debería haber sido la forma como se les debe enseñar ciencias a los niños, por medio de cosas prácticas, entonces jugué a ser maestro y siempre que podía le enseñaba algo a Selene, algo de matemáticas (solo las operaciones básicas) o de biología hasta donde mis pobres conocimientos llegaba, pero lo mejor de todo era lo práctico, lo que ella podía ver y tocar, eso la emocionaba, la sorprendía.

No todo era miel sobre hojuelas, como se decía hace años, antes del terrible error que cometió el gobierno de la Tierra Unida, ¡no!, pues pasó algo de lo que temía siempre. Selene había ido por agua y no regresaba, primero supuse que se había entretenido en algo o que había decidido

bañarse, solo que no había llevado nada de ropa limpia. Pensé en esperar un poco más, pero no, mejor fui a buscarla.

La encontré caída dentro del río, en el remanso donde acostumbrábamos sacar agua para bañarnos y abastecernos de ese líquido para todo lo necesario en la casa, su cara demostraba mucho dolor, tenía los ojos cerrados y movía de pronto sus manos golpeando la superficie del agua, la que estaba teñida de rojo a causa de un hilillo de sangre. Yo estaba muy espantado al ver que sangraba, la examiné para ver qué tenía, encontrando que su pantorrilla derecha estaba atravesada por un alambrón que salía de entre las piedras, y además su brazo derecho también estaba raspado, al igual que su mejilla derecha. Resbaló y cayó, para nuestra mala suerte una piedra no era tal, era un pedazo de escombros con puntas de alambrón saliendo por dos lados. No pude hacer nada en ese momento, necesitaba cortar el alambrón pero ¿Cómo?, además el movimiento le provocaba más dolor a Selene ¡Y a mi también!

Corrí por mi navaja suiza, con ella traté de cortar el alambrón pero era complicado, solo lo pude rebajar con la lima, y para separar el pedazo del resto lo estuve doblando varias veces, causando más dolor a Selene ¡No me quedaba de otra!, la pobrecita hubiera gritado de dolor cuando por fin separé el pedazo de alambrón, obviamente no podía hacerlo pero el gesto de su cara me dijo que estaba sufriendo mucho.

Apresuradamente la llevé a su cabaña, no tenía experiencia de lo que tenía que hacer, era necesario sacar el metal y sabía que no se debía hacer así como así, podría tener hemorragia, infectarse, y la idea del tétanos me espantaba.

Se desmayó mientras cortaba el alambrón, supe que por el dolor ya que en realidad no había perdido mucha sangre (hasta ese momento al menos), la llevé directamente a su cabañita depositándola con mucho cuidado sobre su catre para inmediatamente ir por nuestro botiquín donde teníamos una botella de alcohol, varios paquetes de gasas y un par de vendas, nada más. Me tuve que decidir -armar de valor- y sacar el objeto antes de que despertara Selene, conté "uno, dos, tres..." jalé el alambrón de golpe pero no salió todo a la primera, lo jalé nuevamente y salió por fin. ¡Dios!, comenzó a sangrar mucho, parte de lo que temía, la tela que había puesto debajo de su pierna se empapó de sangre, ¡le hubiera puesto un torniquete antes!, no tenía experiencia y casi me desmayo yo también por la impresión. Bueno, pues le puse el torniquete y un pequeño tronco envuelto en una cobija debajo de su pierna para que le quedara levantada, entonces limpié bien las heridas y le puse un par de gasas, al final coloqué una venda. Sé que lo más probable es que no hiciera todo lo que se debe hacer y que tal vez lo que hice no era lo más adecuado, pero no soy enfermero ni mucho menos médico.

Me pasé el resto del día al lado de Selene, primero limpiando su piel raspada -nada grave- y también aflojano por momentos el torniquete para permitir el paso de sangre, volviendo a apretar al ver que la venda volvía a mojarse de sangre. Selene había despertado y se quejaba, me dijo que quería llamarme para que la ayudara, pero no pudo porque su voz no era fuerte como la mía. También me decía que dejara de apretarle con la cuerda -el torniquete- porque le dolía, le expliqué que era necesario para evitar el sangrado y que se tenía que aguantar, dijo que sí y cerró los ojos. Hice una fogata para tener algo de luz o por si tenía que preparar algo (¡Como si tuviera mucho con que preparar algo)! Selene tuvo fiebre en la noche, afortunadamente dejó de sangrar y le aflojé el torniquete sin quitarlo por si volvía la hemorragia. Le estuve poniendo trapos mojados para bajarle la temperatura hasta que lo logré. La vi ya tranquila, revisé nuevamente por si había sangrado y luego me senté en el suelo para colocar mi cabeza en su catre... y me quedé dormido.

Aún no amanecía cuando me desperté, sali para llevar una antorcha encendida y poder ver, las brasas de la fogata seguían calientes, con algunas hojas y ramas secas volvió a encenderse el fuego fácilmente. Llevé la antorcha y examiné a mi niña, ya no tenía fiebre aunque su frente estaba sudorosa, respiraba normal y se veía tranquila, me pareció que no había sangrado mucho confirmándolo cuando le retiré los vendajes para cambiarlos y revisar las heridas (una herida pero se entiende que el alambrón perforó la pierna de lado a lado, dejando visibles dos heridas), cuando ella trataba de mover su pie yo notaba que se lastimaba pues hacía gestos de dolor. Yo esperaba que no volviera a tener fiebre, de ser así indicaría una infección y no tendría nada con que tratarla.

Selene estuvo en cama varios días, muy a su pesar después del tercero pues se aburría y quería ayudarme con las labores diarias, al quinto día intentó pararse pero no pudo caminar, entonces le hice un bastón, se lo di para que intentara caminar con éste y tampoco pudo, se fue yendo de lado, con cara de susto y moviendo las manos como si pudiera alargarlas y agarrarse del árbol más cercano, pero ahí estaba yo para ayudarla y la sostuve. Como el bastón no funcionó le hice una muleta y le enseñé cómo usarla; de esa forma ya pudo dar pasos, lo que la puso feliz.

Lo mejor de la experiencia -la mala experiencia- consistió en que no hubo infección de ningún tipo y me alegré por eso.

Selene se recuperó de la herida aunque no caminaba tan bien como antes, no podía apoyar bien su pie... tal vez con el tiempo.

Pasaron muchos días, meses, y nos encontrábamos viendo nuestro sembradío, por fin cosecharíamos algo, en sí, ya habíamos cortado y comido ejotes, solo por probar ya que dejaríamos las plantas hasta que se secan y luego recoger las semillas. Los dos estábamos aprendiendo a sembrar, para ser la primera vez no nos estaba yendo tan mal. Mandé a

Selene a que comenzara la preparación de la comida mientras yo trabajaba quitando yerbas de entre las plantas de maíz, no tardó mucho cuando llegó corriendo de regreso, la vi como asustada, me tomó de la mano y me jalaba para que fuera con ella y me enseñara lo que vio, le pregunté de qué se trataba y me dijo "¡Viene gente!".

Efectivamente, se acercaba un grupo, tanto adultos como jóvenes y niños. Por seguridad le dije a Selene que se metiera a su casita y que no saliera a menos que la llamara y se regresó con paso rápido pero manqueando un poco. El grupo consistía de dos familias, parejas con sus hijos. Llegaron saludando amablemente y me ofrecieron un intercambio, ellos traían algo que no teníamos y querían cambiar por ropa para sus niños, solo dos de sus hijo eran niñas, los otros cinco eran hombres y ya no tan niños. Lo único que pudimos ofrecerles para el intercambio fue ropa interior para las niñas, un par de shorts, dos pares de sandalias y para los niños les di mis camisas. A cambio nos dieron paquetitos de semillas (jitomate, zanahoria y varias más) y una docena de limones. Los limones era un fruto que hacía tiempo no probábamos (igual que muchas otras cosas he de decir), entonces llamé a Selene y se las presenté, luego le pedí que preparara agua con la mitad de los limones, se esmeró preparando la bebida y luego comenzó a distribuirla entre todos, sirviéndola en mitades de coco, la bebimos disfrutándola mucho y más los viajeros ya que en meses no habían probado agua endulzada ¡Y nosotros teníamos bastante azúcar!

Tener visitas era una novedad y una buena noticia también, los viajeros buscaban una comunidad que se había formado, nos dijeron que les llegó la noticia por medio de unos mensajeros que les informaron acerca de la comunidad e invitándolos a que se unieran. Según sabían, la comunidad había llegado ya a cerca de quinientas personas, por supuesto que nos invitaron a unirnos a ellos, sin embargo no lo creí pertinente, espepearía un tiempo. Yo les dije que si no les gustaría mejor quedarse con nosotros ya que estábamos comenzando a tener ciertos logros, como un sembradío casi listo para la cosecha. Cerca teníamos un río donde corría agua cristalina y también había muchos árboles frutales (no mencioné lo de la ciudad enterrada). En el momento de la despedida le indiqué a Selene que llevara un kilo de azúcar y uno de sal, se los regalamos a los viajeros, quienes se pusieron contentos y al despedirse definitivamente (pues no quisieron quedarse más) nos desearon mucha suerte, volvieron a invitarnos dándonos las indicaciones que también a ellos les dieron para localizar la comunidad y enseguida se fueron.

Pasaron algo así como dos años (difícil decirlo ahora sin la existencia de calendarios) durante los cuales no volvimos a ver personas, de seguro que sí las había y la prueba era que a veces nos robaban lo que dejábamos en alguna de las estaciones, también había evidencia de que no éramos los únicos escarbando y rescatando cosas de la ciudad enterrada, ¡Creo que les dimos la idea! Cuando llegábamos a ir tomábamos muchas precauciones, como la de que Selene vigilaba mientras yo escarbaba y

sacaba cosas, hasta que decidimos que no regresaríamos, en primera porque teníamos muchísimas cosas, desde cucharas hasta veinte pequeños tanquitos de gas y una pequeña estufa de dos quemadores, bastante ropa, más herramientas, libros, cuadernos y lápices de grafito y de colores para Selene y también ciertos productos en que aún podíamos confiar como café, sal, azúcar, algunas semillas de las que estaban en bolsa (bien sellada) como arroz, lentejas, frijo y garbanzo. Ya no se podía confiar en los alimentos enlatados pues la corrosión en las latas hacía que se saliese el contenido. Otra de las razones era que continuamente encontraba restos humanos y de animales, ideo no me gustaba para nada! La mayoría de lo que obtuvimos en la ciudad enterrada la guardábamos en un almacén subterráneo, camuflando la entrada para que no estuviera a la vista. Para la construcción de dicho almacén se aprovechó un hoyo que ya existía, lo agrandamos y forramos las paredes con piedras, para el techo utilizamos muchos troncos delgados -tres capas, cada una a 90° de la otra- luego cubierto con hojas y lodo, así que una vez terminado no resultaba visible. Parecería que todo iba bien pero no, ya que al llover comenzó a meterse el agua, una emergencia que solucionamos provisionalmente colocando más hojas de palmera en la entrada; esa inundación nos obligó a colocar un techo encima de donde estaba la entrada, éste, además de servir para proteger contra el agua, lo aprovechamos para tener un lugar más amplio de sombra, posteriormente pusimos unos troncos a manera de asientos y una mesa -también hecha de troncos, unos gruesos, otros delgados y varas- que colocamos sobre la entrada a la bodega. El cobertizo quedó tan bien que a Selene le encantaba el lugar para jugar, colorear y leer.

Cierto día encontré a Selene como triste, muy pensativa; estuvo leyendo un libro con ilustraciones acerca de la familia. Yo no había querido tocar el tema de la familia hasta ese día, me senté al lado de Selene y le pregunté acerca de su familia, no me olvidaba que cuando le pregunté lo mismo me dijo no a todo, ahora que mi luna de Chocolate podía hablar (de la forma como le enseñé) pregunté de nuevo, y Selene me contestó de forma más amplia que cuando la conocí, no recordaba haber tenido una mamá o un papá, tampoco otros parientes, ella creció en un albergue hasta los nueve años, luego ocurrió el cataclismo mundial y junto con algunos de sus hermanos sobrevivió varios meses, sus hermanos (así se decían en el albergue) fueron muriendo, principalmente por inanición, como milagro Selene pudo sobrevivir varias semanas más hasta que la encontré. No tengo idea qué comía o como se protegía, lo que le pasó antes de que la encontrara quedó borrado de su mente, no pudo recordar nada más aparte de sus hermanos y cómo fueron muriendo. Lo que aparecía en su mente era yo, dándole agua.

Yo no podía ser la familia que Selene merecía, pero al menos un papá adoptivo sí lo era, y poco a poco mi Luna de Chocolate dejaba de llamarme Sol para llamarme papá, yo seguía llamándola Selene, Luna de

Chocolate y también... hija.

Capítulo 4

Volvió todo a ser como antes, excepto lo que ya mencioné, seguíamos mejorando y manteniendo nuestras propiedades, labrando y cosechando; todo normal y éramos felices a pesar de que no había más compañía, nos teníamos el uno al otro y eso nos bastaba. Todo parecía ir perfecto, hasta que tuve un accidente, que aunque no grave estuve inhabilitado para trabajar por unos diez días; me torcí un tobillo al tratar de cortar un racimo de plátanos, sucedió que se volteó la escalera que tenía para esa tarea y queriendo evitar algo peor, salté, al caer se lastimó mi tobillo izquierdo, provocándome un dolor muy fuerte que pensé que me había fracturado -afortunadamente no, solo tuve una dolorosa torcedura-. Obviamente el tobillo se hinchó, dolía y no me dejaba caminar. Ahora le tocaba a Selena hacerla de enfermera, y yo, de paciente no tan paciente. Todo el tiempo estuve convaleciendo, mi Luna de Chocolate se encargó casi de todo, como preparar la comida, recoger fruta, barrer e ir por agua. Lo más retirado que se iba era para llevar agua, siempre con muchas indicaciones mías... "no tardes", "no te entretengas", "cuidado con caerte de nuevo", "si ves a un intruso regresa conmigo", bla bla bla, ya se habrán de imaginar.

Los inconvenientes casi siempre suceden uno tras otro ¡Quién sabe por qué!, bueno, no era problema, o no sé cómo llamarlo. Todo - aparentemente- volvía a la normalidad, y me encargué nuevamente de las labores pesadas de cada día. Una noche Selene comenzó a quejarse de un dolor en el vientre, dijo que no era fuerte pero la incomodaba, no quiso cenar nada y se fue a acostar, eso me preocupaba y fui a verla. Selene estaba en posición fetal, con las manos en el vientre, me respondió que se sentía "más o menos" al preguntare cómo seguía. Lo bueno es que su dolor no aumentaba, así que esperarí a al siguiente día a ver cómo seguía mi Luna de Chocolate, de todas formas buscaría en uno de los libros de remedios a ver si algo de lo que teníamos pudiera servir.

Me levanté antes de que se despertara Selene, busqué los libros - teníamos al menos cuatro-, localicé las páginas dedicadas a dolor de estómago, apendicitis o lo que más se pareciera, sin embargo estaba totalmente equivocado.

Y aquí es donde me encontré con un problema al descubrir qué le pasaba a mi Luna de Chocolate; con uno de los libros en la mano acudí a ver a Selene, ella estaba ya despierta, de rodillas pero en su catre, con las manos igual que el día anterior -sobre su vientre- y... llorando espantada.

"¿Qué me pasa?" me dijo mientras las lágrimas bajaban por las mejillas hasta llegar a su mentón, luego me enseñó sus manos... manchadas de...

bueno, no hace falta decirlo. No supe cómo reaccionar en ese instante, lo estuve pensando unos segundos, en qué hacer, en cómo explicarle, ino estaba preparado! Respiré profundo -en parte me sentí aliviado-, y reflexioné en cómo actuar.

Lo primero era hacer que se calmara, le dije que no se preocupara, que ya pasaría. Acaricié su cabecita al tiempo que le repetía que no se preocupara y que todo estaría bien, la miré a los ojos y le pedí una sonrisa. En cuanto la vi sonreír salí por agua para que se aseara, también le dejé un balde para que metiera la ropa y me salí de su cuarto ¡Cómo deseé aquél día haber tenido una esposa!

Me mantuve alejado de su cuarto, haciendo algo de limpieza de los alrededores, o sea, quitando las plantas que constantemente amenazaban con invadir nuestras propiedades y luego preparando el desayuno para ambos.

Al rato salió ella, dijo que iría a lavar la ropa y a bañarse, ya la vi contenta o al menos tranquila. Casi no tardó, nos sentamos a la mesa y mientras desayunábamos nuestra fruta me dediqué a dar explicaciones con el mayor tacto que pude a mi Luna de Chocolate; se mostró interesada en saber todo lo relacionado. Comencé con un poco de biología (el cuerpo humano, diferencias hombre/mujer y reproducción) queriendo dejar algunas explicaciones para cuando ella estuviera algo más grande, continuó insistiéndome, tanto que tuve que decirle algo más (pero no todo). Selene entendía bien y lo que no pues me lo preguntaba, a veces metiéndome en problemas porque yo no era ni soy médico ni maestro en nada, solo me estuve basando en lo que había aprendido en la escuela hacía ya muchos años, para finalizar la plática le pregunté acerca de lo que había estado sintiendo, si persistía su dolor, contestó que solo un poco, se sentía mucho mejor, enseguida me dijo "gracias papá" y me sentí como liberado de un gran peso. No era la primera vez que me llamaba "papá" pero algo extraño sucedió dentro de mí al escuchar esa palabra; dentro de mi pecho, en mi corazón, en mi alma.

Capítulo 5

La relación con mi Luna de Chocolate fue cambiando, de una relación de mutua ayuda a una relación de familia, de padre e hija, si antes sentía preocupación por lo que le pasara a Selene, ahora pues ya no solo quería su bienestar en el día a día, ahora me preocupaba el qué sería de ella en un futuro, y eso cambiaría varias cosas, como por ejemplo el hecho de que viviéramos alejados de los otros sobrevivientes aunque no nos quejábamos de vivir solo, teníamos un pequeño paraíso y éramos felices aún con todos los problemas.

Tal vez ya era tiempo de emigrar, comenzamos a hacer planes buscando alternativas para viajar, como por ejemplo volver a construir estaciones para el caso en que tuviéramos que regresar pues las que teníamos ya no eran útiles, por deterioro y porque no estaban en la ruta que nos habían señalado y que era en dirección contraria de donde llegué.

Una de las primeras cosas que hicimos consistió en hacer un mapa, éste lo iríamos actualizando conforme avanzáramos. También tomamos nota de lo que aún teníamos en nuestra bodega, hicimos listas. De esa forma veríamos con qué íbamos a cargar y qué dejar en las estaciones. Lo que no quería -ni Selene- era abandonar todo eso que tanto esfuerzo nos costó conseguir de la ciudad enterrada.

¿Nos ayudaría construir estaciones?, pudiera ser que en lugar de ser una ayuda solo hiciera que trabajáramos en algo inútil, yo sabía que costaría trabajo, esfuerzo extra, pero que nos daría cierta comodidad si por ejemplo en cada estación se dejara un tanquecito de gas (aún nos quedaban nueve tanques). Usábamos los tanques muy de vez en cuando, primordialmente usábamos madera -ramas o troncos ya secos- y el gas cuando teníamos que cocinar dentro de la cabaña, por ejemplo cuando llovía y queríamos darnos el lujo de tomar un café o chocolate caliente.

Ocurrió algo que en cierta forma me obligaría a decidir, cierto día Selene tomó un balde y me hizo señas de que iría al río, al no regresar pronto y recordando el accidente que tuvo decidí ir a buscarla. Mi niña se encontraba en el lugar de siempre, bajo la sombra de los árboles y sentada en una piedra grande a la orilla del laguito que se formaba en esa parte del río, tenía los pies metidos en el agua (la que le llegaba hasta los tobillos). Selene estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta cuando le hablé, le dije "¿Qué piensas?"; me hizo un espacio donde estaba sentada y me invitó a que hiciera lo mismo, palmenado la roca.

Selene dijo que me suplicaba que no me fuera a enojar y le dije que no lo haría, entonces me dijo que se sentía contenta estando conmigo, que yo era su papá poque así como era yo así se había imaginado que sería el

tener un papá, y también tenía su ideal de una mamá, lo cual no podía ser pero se conformaba teniendo papá. Volvió mi niña a decirme que no me enojara, luego me dijo que a veces comenzaba a sentirse sola, que necesitaba "otra persona" con ella. La entendí perfectamente, ahora ella tendría unos catorce años y por tanto era comprensible que sintiera esa necesidad, Sin rodeos le dije que si quería tener un... novio, se apenó visiblemente, bajó la mirada hacia sus pies y me dijo que sí y le contesté que no se preocupara, que la entendía y que yo quisiera tener una novia, una esposa.

Selene, mi Luna de Chocolate, me abrazó y se quedó en silencio por un rato mientras jugueteaba con sus pies haciendo que salpicara el agua, y entonces la imité. De pronto se paró y me retó a una carrera hasta la cabaña, salió corriendo con sus sandalias en la mano y también hice lo mismo; ella llegó primero, ganándome la carrera.

Sin quererlo, descubrí cuánto mi Luna de Chocolate deseaba un compañero, alguien que no fuera yo, en la mesa que estaba debajo del cobertizo dejó uno de sus cuadernos, entre las páginas había dibujos, algunos pequeños en las esquinas de las hojas y unos grandes abarcando toda la página, no entiendo cómo o de donde los copió, había siluetas y corazones donde también escribía cosas como "Soy feliz y triste, poque tengo mucho pero no te tengo a ti", ni qué decir que me llegaron al corazón sus dibujos y frases. Una vez más me sentía obligado a dejar nuestro paraíso para que mi hija tuviera la oportunidad de encontrar a alguien a quien amar, y de paso ¡Por qué yo no!